

El silencio de Szymborska

Por Walter Hego

Cuando Szymborska ganó el Nobel sentí una pequeña alegría. No supe de inmediato por qué, ya que no sólo no la había leído, ni siquiera sabía quién era. No obstante, acá pasaba algo distinto. Poco a poco, cuando fui encontrando sus poemas en mis lecturas fragmentarias, la vieja sensación de justicia poética continuaba creciendo. Al principio pensaba que se trataba de que por fin los lectores de la Academia habían acertado, luego de tantos desaciertos, al premiar a alguien que realmente valía la pena. Ella incluso sostuvo que había otros mejores. Una declaración que la enaltecía.

Siguió la vida, como siempre, y yo no podía huir de las lecturas académicas. Pero cada vez aparecían más traducciones de mi autora polaca. Breves poemas que eran como remansos en los ásperos días de invierno. Resonaba a lo lejos, cuando los leía, una suerte de sombra de experiencia ajena que yo sentía como propia. El efecto de la lectura, me gustaba pensar, como una forma de acallar esos reclamos que nos gusta negar cuando se trata de defectos personales.

Más adelante elaboré algunas hipótesis de lectura. Szymborska (a quien yo apodaba afectuosamente Szym) coqueteaba con la filosofía. Ahí estaban, por ejemplo, poemas como “En el río de Heráclito” o “En la torre de Babel”. Este último me llevó a considerar una osada relación con el ensayo “Des Tours de Babel” de Derrida. El filósofo argelino-francés, allí, analiza el mito bíblico centrándose en la tribu de los Shem, cuyo nombre significa “nombre”, generando una de las confusiones del título, incluida la confusión de lenguas, de la que ya nadie podía escapar. Sin olvidar la curiosa cercanía (¿poética?) entre los Shem y Szym...

¿No sé los nombres?

“En vagones sellados
van los nombres a través del país,
¿hasta dónde irán así,
bajarán alguna vez?:
No pregunten, no lo diré, no lo sé.”

Se dice que todo gran escritor tiene un enorme NO en la base de su poética. Kafka a finalizar sus textos, Borges a la novela, Salinger a seguir publicando, para sólo citar tres casos paradigmáticos. En el caso de Szymborska ese NO es un NO SÉ. A “Nada” de Sócrates.

“Cuando pronuncio la palabra Nada,
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.”

Por último, en términos filosóficos, también están esos otros dos versos de este poema conceptual llamado “Las tres palabras más extrañas”:

“Cuando pronuncio la palabra Futuro
la primer sílaba pertenece ya al pasado.”

Es como si Szymborska estuviera dialogando con el poeta decimonónico inglés Robert Browning, muy estudiado por Borges, cuando sostiene que “el Presente es el instante en que el Futuro se desmorona en el Pasado”.

Con el tiempo, valga la redundancia, esta hipótesis me pareció una curiosa prótesis cuya falta era personal. Es que yo sentía que, en algún punto, había algo mucho más profundo que me afectaba de la poesía de Szymborska. Poco a poco las fichas se fueron acomodando y me di cuenta de que sus poemas eran la puerta de acceso a un mundo posible que también había habitado mi abuela polaca: Anna (ambas compartían hasta el nombre), su contemporánea apátrida. Ella siempre había sido una figura fantasmal para mí porque casi no hablaba, no quería recordar nada de su origen polonés, debido a que había estado atravesado por los desmanes de las guerras. Yo me recuerdo de chico, curioso, haciéndole preguntas de todo tipo sobre Polonia, y ella no hacía otra cosa que mantener la cara pétrea (“el silencio es una piedra que debemos pulir todos los días”, escribe Montejó), con la mirada perdida en el vacío, sin siquiera un atisbo de reprimida emoción.

“Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.”

Sin duda Szymborska amaba el silencio, tal vez convencida de que la poesía no es más que uno de sus relieves. O pensaba, como Juarroz, que “existe un alfabeto del silencio, pero no nos han enseñado a deletrearlo”.

Por de pronto, su obra se había convertido en una suerte de respuesta inesperada a las preguntas de mi infancia. Ahora sí sus versos cobraban otro sentido. Desde el acertado título

(verdadero *ars poetica*) de su primer poema publicado, “*Busco la palabra*”, aparecido en el suplemento literario del diario *Dziennik Polski* en marzo de 1945, momento en que mi abuela ya había huido a Buenos Aires, había dado a luz a mi padre y, especialmente, había decidido olvidar su tierra y su lengua madre. Había decidido olvidar sus palabras polacas.

“Y al final dejé de saber
qué era lo que tanto buscaba.”

No sé nada de mi abuela, pienso cuando leo a Szymborska, aunque ambas compartían cierto amor (¿no correspondido?) por el silencio, que se escribe “*cisza*” en polaco, y se pronuncia igual que “*sisa*” en castellano. Una de las pocas palabras que mi abuela repetía demasiado (¿delatándose inconscientemente?). ¿Qué callaría? ¿Qué callarían? ¿Agresiones, ultrajes, muertes en los campos? Sí, abuela, tu tocaya, tu coterránea, tu contemporánea, puede que me haya ayudado un poco a comprenderte mejor.

¿Busco la palabra Epitafio?

Así, entonces, Szymborska tal vez fuera el lado luminoso de mi abuela, una suerte de existencialista desencantada (¿una redundancia?): “A los existencialistas no les gusta bromear”. El elegante sentido del humor presente en algunos de sus poemas, por otra parte, era un verdadero sexto sentido. ¿De qué otra forma explicar ese gesto que es haber escrito su propio “Epitafio”, con un exquisito toque de ironía?

Aquí yace, como la coma anticuada,
la autora de algunos versos. Descanso eterno
tuvo a bien darle la tierra, a pesar de que la muerta
con los grupos literarios no se hablaba.
Aunque tampoco en su tumba encontró nada
mejor que la lechuza, jacintos y este treno.
Transeúnte, quita a tu electrónico cerebro la cubierta
y piensa un poco en el destino de Wislawa.

Wisława sabía, como Platón, como Nietzsche, como Agamben, como casi todos los filósofos-poetas y los poetas-filósofos (sin duda no hay mucha diferencia) que la filosofía y la poesía son una preparación para la muerte. El resto es silencio.